

Evangelización y Religiones no Cristianas

El P. Pedro Arrupe, General de los Jesuitas, centra la polémica suscitada en torno a las teorías del P. Karl Rahner y de otros autores sobre estas materias.

Crisis misionera en la Iglesia.

"El Papa Paulo VI ha reconocido que la actividad misionera de la Iglesia está en crisis".

"Basta pensar en el descenso impresionante de las vocaciones misioneras y del interés de los fieles por las misiones. Y entretanto el número de los no cristianos que deben ser todavía evangelizados aumenta al ritmo de 60 millones al año. Los 2.200 millones de paganos que hoy existen en el mundo, serán 4.000 millones al final de este siglo".

"Para evangelizar a esta enorme masa de no cristianos, la Iglesia dispone en territorio de misión de no más de 25.000 misioneros. Como si esto no bastara, el número de misioneros va decreciendo y, lo que es peor, el ideal misionero no atrae ya a la juventud como en otro tiempo. Indudablemente, el entusiasmo de nuestros jóvenes, su espíritu de sacrificio y de entrega al prójimo, no ha sido quizá nunca tan elevado. Pero mientras no dudan en partir para los países del tercer mundo con el fin de trabajar por su elevación social, no se sienten

decididos a hacer otro tanto con el objeto de conquistarlos para Cristo".

Estas son palabras del P. Pedro Arrupe, General de los Jesuitas, en una conferencia dada en la Universidad Gregoriana de Roma.

Sus causas.

1.—Exagerado optimismo sobre la posibilidad de salvación fuera de la Iglesia.

Entre las causas que señala el P. Arrupe, una de ellas es el exagerado optimismo sobre la posibilidad de salvación fuera de la Iglesia y una concepción demasiado optimista de las religiones no cristianas. Si todos los hombres poseen la gracia en algún grado y pueden salvarse en cualquiera religión en que se hallen, ¿para qué hace falta ir a propagar la fe cristiana en países de infieles?

a) Los cristianos anónimos.

En este sentido ha podido influir grandemente con su mucha autoridad —comentamos

nosotros— la teoría de los cristianos anónimos propuesta por el P. Karl Rahner en sus "Escritos de Teología",¹ y que ha suscitado extrañeza, vacilaciones y reacciones, tanto entre los teólogos católicos como entre nuestros hermanos separados.

"No es posible —dice Rahner— a los cristianos que viven en el siglo XX de la historia de la Iglesia en el que nos encontramos, compartir, acerca de la salvación de los no cristianos, las ideas pesimistas que San Pablo podía tener en la perspectiva religiosa de su tiempo o incluso los cristianos en pleno siglo XVIII. En el pensamiento de San Pablo, los hombres que no llegaban al bautismo estaban perdidos".

"Es verdad que Pablo no enunció ningún dogma a este propósito. Pero en la práctica, esto era para él una evidencia. Esa perspectiva es la que presidió toda su actividad misionera. Hasta finales de la Edad Media, y más adelante todavía, los cristianos basaron en gran parte su impulso misionero en esa consideración".

"Pero no nos es posible a los cristianos en pleno siglo XX suscribir enteramente esta perspectiva y esa manera de actuar. Ni siquiera tenemos derecho a hacerlo".²

Ante esta afirmación el teólogo redentorista F. X. Durwell³ comenta en el número 32 (Dic. 1967) de la revista "Spiritus, Cuadernos de Espiritualidad Misionera":

"La tarea de la misión o de los misioneros —escribe citando primero a H. Nys y luego a

K. Rahner—⁴ no es, por consiguiente, llevar la gracia a los que no la tendrían", ya que "la

gracia está ofrecida a todos": no consiste en "llevarles la fe en cuanto tal", ya que la poseen, sino en comunicar a esa fe "la expresión auténtica", en llevar a la plena conciencia cristiana ese cristianismo adormecido y latente". Ni la fe ni la salvación dependen de la ayuda de la Iglesia; la acción salvífica de Dios precede a la Iglesia; el hombre está ya salvado. Su tarea propia es "hacer volver al hombre a sí mismo" en revelar su nombre a los anónimos".⁵

Después de esta exposición, el Padre Durwell se detiene y dice: "Aquí se duda en seguir y uno se pregunta si esas conclusiones no son una extrapolación, sí, en su última trayectoria, esta investigación teológica se ha preocupado de las necesarias luces de la Escritura".⁶

El teólogo redentorista continúa mostrando por qué vacila y se siente obligado a hacer sus reservas sobre la tesis nueva. Y concluye escribiendo: "el hombre, creado en y hacia Cristo, puede, por el hecho de su primer ser, estar hacia la salvación, y, pero todavía no en la salvación. A ella no llega sino alcanzando el término final. Ahora bien, la evangelización es el medio por el cual, ya sobre la tierra, el hombre entra en comunión con la realidad final".

4.—El Padre Durwell advierte, sin embargo (3, pág. 394) que él habla de esa teoría tal como se le halla expresada en el libro del Padre Nys.

5.—K. Rahner, "Schriften zur Theologie", tomo VI, Einsiedeln, 1965, páginas 487, 550 y s.

6.—"En la teología de la salvación, añade Durwell, aun cuando la problemática es moderna, hay que preguntar a la Escritura. Sin duda que el Señor no cesa de revelarse a sus fieles, pero lo hace en el interior de su revelación primera y única..." "Frecuentemente se ha revelado que la Escritura tiene poco lugar en la teoría del cristianismo anónimo. Según K. Rahner (Schriften, tomo VI, página 553), el punto de partida de la reflexión se halla en algunos principios teológicos corrientes y en la situación real de la Humanidad. Cuando se utilizan pruebas escriturísticas, son inoperantes. Cfr. H. Kruse, "Die anonymen Christen exegetisch gesehen", en "Muenchener theologische Zeitschrift". 18 (1967), págs. 2-29.

1.—RAHNER, Karl.—"Schriften zur Theologie", tomo VI, Einsiedeln, 1965, pp. 487, 550 y sigs.

2.—RAHNER, Karl.—"Mission et Grace", I, "XXe, siècle, siècle de grace?". Mame, París, 1962, pág. 214.

3.—El R. P. Durwell, redentorista, es profesor de Teología de Estrasburgo. El título de su artículo, "La salut par l'Évangile", toma pie del título de la obra del Padre Hendrik Nys, O. P. "Le salut sans l'Évangile" ("La salvación sin el Evangelio"), estudio histórico y crítico del problema de la salvación de los infieles en la literatura teológica reciente (1912-1964). Conf. (Coll. "Parole et Mission", 12), París, 1966.

Por su parte, el último número de "The International Review of Missions" (225, vol. 57), de Enero de 1968, editado por el "Consejo Ecuménico de Iglesias" de Ginebra, da una recensión del libro de H. Nys, "Le salut sans l'Évangile". Y el que lo recensiona, Jean Rennes, se muestra todavía más reticente que el Padre Durwell: "No hay evidentemente, escribe en la página 126, ninguna base escriturística en favor de la opinión de Rahner; por otra parte, ni Rahner ni Nys tratan seriamente de suministrar una argumentación bíblica para probar sus teorías... Nos vemos obligados a denunciar la fragilidad de las hipótesis avanzadas".⁷

b) Opinión del P. General de los Jesuitas.

Creemos que en toda esta materia se hace realmente mucha luz y se ponen las cosas en su punto en la citada conferencia del P. Pedro Arrupe, en la que concede que existe una parte de verdad en esta teoría, pero que no pueden admitirse todas las consecuencias que de ella se pretende sacar.

He aquí sus ponderadas palabras.

"La primera de estas razones (para la crisis misionera) es el exagerado optimismo sobre la posibilidad de salvación fuera de la Iglesia. Hasta hace algunos decenios, hay que reconocerlo, se exageraba en el sentido opuesto. Especialmente en los libros y revistas de propaganda misionera, la condición espiritual de los no cristianos era presentada con colores tan lóbregos que era difícil no concluir que la mayor parte de los paganos se perdía irremediablemente, si los misioneros no llegaban a tiempo para salvarlos".

"Con esta perspectiva, excesivamente restrictiva, aparece vinculada una expresión muy común para indicar el objetivo de la actividad misionera, a saber "salvar las almas". Las misiones son para salvar las almas. La verdad

de esta tesis resultaba también de un razonamiento de naturaleza teológica, con el que se trataba de probarla. Sin la fe, se decía, es imposible salvarse (Hebreos 11, 6). Ahora bien, la fe proviene de la predicación (Rom. 10, 17). Por eso, sin la predicación del Evangelio no se da fe y, consiguientemente, no hay salvación".

"En honor a la verdad, hemos de decir que los teólogos no han aceptado nunca esta opinión tan limitativa de la salvación de los no cristianos, y han afirmado el principio según el cual a quien hace cuanto puede para vivir en conformidad con el dictamen de la conciencia, Dios no dejará de darle, por vías que él sólo conoce, la fe y la salvación. *Facienti quod est in se Deus non denegat gratiam*. Este principio no es de hoy. Fue afirmado por San Agustín,⁸ por Santo Tomás⁹ y ha sido hecho propio por el magisterio de la Iglesia. El último documento en este sentido es la carta del Santo Oficio en 1949, al Arzobispo de Boston sobre el sentido que debe darse a la máxima "*Extra Ecclesiam nulla salus*", y la doctrina conciliar expresada en la *Lumen Gentium* (n. 16). Recuérdese que fue precisamente para evitar una falsa interpretación de la proposición "salvar las almas" por lo que la teología, para designar el fin de las misiones, acuñó la expresión "*Plantatio Ecclesiae*", acogida también por el Concilio". (Ad. Gentes, n. 5).

"Creemos, sin embargo, que si en el pasado se exageró al afirmar la dificultad de salvarse fuera de la Iglesia, hoy se exagera en el sentido contrario, es decir al considerar esta salvación tan fácil que se quite a las misiones su urgencia, si no incluso hasta su razón de ser. No se ve en efecto por qué motivo es necesario abandonar la propia patria para ir a las llamadas "tierras de misión", cuando en nuestros países tenemos tantos paganos que evangelizar, y cuando, además, ellos pueden salvarse del mismo modo también sin la predicación explícita del Evangelio".

7.—Véase Paul Stassen "Los cristianos anónimos", en "Cristo al Mundo", 3, 1968.

8.—ML 33, 374.

9.—De veritate, q. 14, a. 11 ad Im.

"Alguien podría decir justamente que es necesario no basar el celo misionero en un motivo poco válido. Y es cierto. Pero, ¿quién nos garantiza que es fundado nuestro optimismo sobre la suerte de los no cristianos? ¿Quién puede decir cuántos de ellos se salvan y cuántos se pierden? Si S. Pablo recomendaba a sus fieles que pensarán en su salvación "con temor y temblor" (Filip. 2, 12), al menos lo mismo debemos poder decir de los paganos. Si el mismo S. Pablo, aun teniendo como tenía una conciencia exacta de la posibilidad de la salvación para todos (1 Tim. 2, 3), sentía tan gravemente la responsabilidad del apostolado hasta llegar a decir "Hay de mí si no predico el Evangelio" (1 Cor. 9, 16), el apóstol moderno no puede eximirse del celo apostólico so pretexto de que todos pueden salvarse. Lo mismo ha afirmado el Concilio Ecuménico, primero en la *Lumen Gentium* (n. 17) y después en todo el Decreto *Ad Gentes*".

2.—Valor de las religiones no cristianas.

Muy unida a la argumentación en favor de la salvación fuera de la Iglesia se halla la que defiende que no hay por qué empeñarse en atraer al catolicismo a aquellos hombres que se hallan en otras religiones no cristianas.

Sobre este punto dice el P. Pedro Arrupe, en la citada conferencia:

"Otro motivo del decaimiento del interés por las misiones debe buscarse, a mi entender, en una concepción, también ésta exageradamente optimista, de las religiones no cristianas y de su función salvífica.

Según algunos estudiosos, hoy es imposible considerar las religiones no cristianas sólo como un cúmulo de aberraciones y de errores. Debemos reconocer a dichas religiones un valor salvífico, porque forman parte de un plan de providencias más general del que tiene lugar para los seguidores de la religión judío-cristiana. Sus secuaces pueden salvarse no sólo

"in esse", es decir permaneciendo tales secuaces, sino "por medio de ellas".

Alguno, dando un paso más allá, no sólo asigna a estas religiones una función salvífica, digamos casi provisional, es decir hasta que la Iglesia no tenga el tiempo y el modo de anunciar la fe a sus secuaces convirtiéndolos a Cristo, sino también permanentemente, en el sentido de que nada nos autoriza a pensar que ellas deben cesar para dar paso, cuando ello sea, a la religión cristiana. La Iglesia será siempre "pusillus grex" y las actuales dificultades de la evangelización pueden ser un signo de que el pluralismo religioso es voluntad de Dios".

"También en esta teoría hay una parte de verdad que es preciso reconocer. Las religiones no cristianas no son ni pueden ser un cúmulo de errores. En cada una de ellas se dan "semillas" de verdad no sólo naturales, es decir debidas a la obra de la inteligencia humana, sino sobrenaturales, debidas a la acción de la gracia sobre el hombre. En efecto, si Dios quiere salvar a todos los hombres y les insta continuamente con su gracia, y esta gracia posee eficacia capaz de alcanzar y cambiar la conciencia, aunque inconscientemente, "no podemos menos de concluir que las religiones concretas, en su consistencia objetiva, llevan consigo alguna huella de esta acción de la gracia sobre todos los hombres. Podrán ser vestigios tal vez difícilmente observables, aun a los ojos claros del cristianismo, pero deben forzosamente haber existido siempre".¹⁰

"En consecuencia, no podemos considerar las religiones no cristianas "como un puro y simple aglomerado de metafísica teística natural, de interpretaciones humanamente torcidas y de instituciones adulteradas de una religión natural". Las religiones concretas deben contener en sí mismas "componentes sobrenaturales".¹¹

10.—K. Rahner. "Cristianesimo e Religioni non cristiane", en "Saggi di antropologia soprannaturale". Roma 1965, p. 562.

11.—op. cit., pp. 562-3.

“Estas afirmaciones del P. K. Rahner nos resultan claras y no creemos que pueda discutirse sobre ellas. Lo que es en cambio mucho menos claro es la consistencia de estas componentes sobrenaturales presentes en las religiones no cristianas. ¿Qué grado de consistencia tienen? ¿Quién puede decirlo? Y no obstante, hoy algunos la creen tan grande que permite afirmar que prácticamente en ellas encuentran sus secuaces todo cuanto necesitan para salvarse.

Indudablemente la Biblia no comparte este optimismo. La Biblia nos ofrece una descripción inquietante de la condición humana después del pecado (Gen. 4-11), y el mismo pueblo hebreo, depositario de la revelación, nos es presentado como tan inclinado al pecado, que al final Dios lo abandona. El Libro de la Sabiduría llama “necios” a los adoradores de los ídolos —en la práctica la masa de los antiguos paganos—, los cuales no fueron capaces de ascender de las cosas, a su Creador, y tributaron a ellas el culto que hubieran debido rendir a su Hacedor (Sap. 13). Y S. Pablo, en la carta a los Romanos, nos habla de los paganos de los intelectuales paganos, en términos en modo alguno optimistas (Rom. 1). El hombre es libre y puede rechazar la gracia. Sólo por tanto un estudio profundo de la historia de las religiones y de la vida de los paganos podría darnos una respuesta digna de consideración sobre este problema”.

“Pero, lo que debe ser profundizado mayormente en esta teoría, es la afirmación de que las religiones no cristianas sean “vías de salvación”. En algún sentido ello puede ser verdad, pero hay que precisarlo bien. Si en toda religión se encuentran elementos de verdad, estos elementos pueden servir al hombre para llegar a la fe y a la caridad, y por tanto en tal sentido pueden considerarse vías de salvación. Pero, hablando en absoluto, ninguna religión, fuera del Cristianismo, puede ser llamada vía de salvación. Esto, porque es doctrina de S. Pablo que Cristo es el único

Mediador entre Dios y el hombre (I Tim. 2, 5). Si es el único, no se dan otros. Si, por consiguiente, es justo decir que las vías que conducen a Cristo son múltiples, sería inexacto decir que son múltiples las vías de salvación. Todas las vías pueden llevar a Cristo, pero solamente Cristo puede conducir a la salvación”.

Tampoco nos parece exacta la afirmación de que la Iglesia es un “pusillus grex”. Ella lo es el comienzo del Cristianismo, y podría serlo también hoy. Pero en el plano de Dios no hay hombre o pueblo que sea excluido del Pueblo de Dios. Nos lo ha recordado el Concilio: “Todos los hombres están pues llamados a esta católica unidad del Pueblo de Dios, que prefigura y promueve la paz universal, y a la cual pertenecen o están ordenados en diverso modo, tanto los fieles católicos, como los otros creyentes en Cristo, e incluso todos los hombres, llamados por la gracia de Dios a la salvación”. (Lumen Gentium, n. 13)

El General de los Jesuitas añade que la desorientación que reina hoy ante la idea misma del sacerdocio y de sus funciones, y el desarrollo e independencia de los hasta ahora llamados “países de misión”, contribuyen también a aumentar la crisis misionera que lamenta Paulo VI.

En una segunda parte considera con optimismo sobrenatural el porvenir de las misiones y da normas para adaptar la labor de los misioneros al mundo actual.

“Si nuestro mundo ve surgir en la Iglesia esta transformación (a la que se ha referido), la actividad misionera de la Iglesia —concluye— conocerá de nuevo una era magnífica”.

Véase el texto de esta conferencia sobre “Fe cristiana y acción misionera hoy” dada por el P. Pedro Arrupe, S.J. en la Universidad Gregoriana de Roma en Abril de 1968 y publicada en un folleto por la Dirección de Las Obras Misioneras Pontificias en El Salvador, con ocasión de la Jornada Misionera Mundial de 1968.